

CON TODOS LOS QUE ME PRECEDEN O ME ACOMPAÑAN...

... En el misterio de la Oración viviente, quisiera compartir la Palabra que quema mi corazón, que hallarán inscrita en el fondo de mis ojos si los miran, surgida de mis entrañas, allí mismo donde la Criatura nueva se edifica hacia Jesús...

A todos y a todas quiero clamar y proclamar mi sed de Dios, que me devora los huesos, arde extrañamente en mi corazón y me hace alzar los ojos hacia el único camino indicado por el desierto: el Cielo...

Quiero gritar mi sed de Dios hasta ya no tener más voz... y entonces, mi silencio cantará lo que mis ojos, perdidos de arenas y de soledad, no podrán discernir aún... hasta que llegue la hora bendita del Encuentro.

Y porque todas las fibras de mi corazón, de mi alma y de mi cuerpo reclaman la comunión infinita con Aquel que ya habita en mi fe, quiero decir también:

No apaguen el fuego que me consume y las locuras que brotan de mi corazón: ¡tienen sabor de Cruz y color de Gloria!

Déjenme abrazar la Tierra, sus trabajos, sus lágrimas y sus triunfos a fin de que, encarnados en mi Pascua interminable, pueda decirle al mundo que el Fuego está ya en sus entrañas...

Quiéranme hasta en el filo de mis exigencias: quiero tomar a Jesús en serio. Quiero el absoluto del Evangelio y la radicalidad de la Pascua. Quiero estar libre de las piedras, de la carne y de todo poder de las tinieblas...

Quiero afirmar la primacía del Espíritu y tener hambre de amor. Quiero bailar con aquel que ríe, abrazar a aquel que al confesar sus pecados perdona los míos, llorar en silencio cuando un hermano mata a su hermano y arrodillarme sin decir palabra en las fronteras del Reino de la mentira.

Déjenme acoger con amor todo progreso humano e invectivar con ardor toda triste victoria de la carne, del mundo y de la muerte...

¡Déjenme relativizarlo casi todo y no tener otro deseo que el de amar apasionadamente a Jesús! Déjenme romper con toda blandura y toda media medida; déjenme no comprender los corazones divididos y los pequeños contentos porque frenan mi vuelo.

Déjenme abrir mis alas y comprendan mi ignorancia para todo aquello que es pequeño...

Sólo quiero lo Necesario; tengo el culto apasionado de la voluntad del Padre y en lo secreto un murmullo orante que pide purificación...

Déjenme vivir la pureza a ultranza y perdonen mi necesidad de exigirla en torno mío. Acepten mi aversión por los compromisos y las tibias tolerancias que apagan poco a poco, imperceptiblemente, la llama sagrada, la gran Liturgia de la Fiesta de Dios.

Amen mi intolerancia por las concesiones que no tienen la valentía de dar la vida, el cansancio y las lágrimas, concretamente... Síganme en esta intransigencia para con los laberintos, los

poderes humanos, los cálculos, los prestigios y las ambiciones que, al fin, son un pedazo de Eternidad perdido y Jesús traicionado...

Cúidense de romper mi impulso levantando inútilmente vientos contrarios; no me ofrezcan el opio de una oración cómoda ni el tibio ambiente bonachón de piadosas personas. Cúidense de no debilitar la Brasa que cataliza en mí lo mejor de mis energías; no frenen mi carrera. No me dejen demasiado sola en mi caminar: mi carrera es frágil como un rocío pero su tenacidad le viene de la pasión del Espíritu.

Mi vida es corta. Su más alta clave de comprensión se halla en la misericordiosa Ternura del Padre. ¡Mi vida es corta! ¡Déjenme consumirla con los ojos abiertos y el corazón fraterno...!

En fin, pidan conmigo el Espíritu consumidor que no apague la mecha que humea ni quiebre la caña partida...

Déjenme ser consumida por mi fe y que al término de mi vuelo, un poco de ceniza libere al fin la gloria oculta y compartida que vuelve al Padre...

*Santa Cruz
Argentina*